

TERESA DE JESÚS, una amiga fiel

PUESTO a elegir un tema sugerente, para sumarnos a las celebraciones del V Centenario del nacimiento de Santa Teresa, quizá ninguno lo sea tanto como el que encabeza este artículo, aludiendo a la santa como una amiga fiel. Y es que entre tantas pinceladas que dibujan su retrato de tejas abajo, pocas nos resultan tan atrayentes para definir su humanismo como el recordar que Teresa de Jesús ha cultivado la amistad humana con exquisitez y siempre ha sido amiga fiel y ha tenido amigos en número incontable.

Quizá sea oportuno anotar que Teresa tenía por naturaleza un talante abierto, afectivo, comunicativo y proclive por lo mismo a la amistad, según se deduce del relato que ella misma hace en su Autobiografía de los primeros años de su vida, a comenzar por el puesto central que ocupa dentro de su propia familia, de la que es sin duda el centro afectivo.

La semblanza que hace, por ejemplo, de su madre, que apenas le lleva veinte años, y que le hace confidente de sus penas y su compañera de lectura, que han de hacer a escondidas del padre, por cierto, delata que su relación afectiva no es solo de madre-hija, sino como de amigas. Y lo mismo cabe decir del resto de sus hermanos que porfían en demostrarle cada uno su ca-

riño hasta sentirse la más querida de todos, según ella confiesa, sin ocultar el amor entrañable que tiene a cada uno. Como reconoce ser la más querida de su padre, que disimula mal su predilección, y que es lo que le lleva a querer impedir obstinadamente su ingreso en la Encarnación, cuando decide ser monja, sencillamente, para no perder su compañía.

OLVIDARSE DE SÍ MISMA

Pero quizá el dato más relevante de su innata capacidad para la amistad lo revela el hecho que ella misma cuenta de la relación afectiva que entabla con sus primos más cercanos y con las criadas de sus casas, que son las que facilitan su trato

y encuentro, entregada de lleno a «sus pasatiempos» y conversación, una vez que ha fallecido su madre, compartiendo sus afectos y «niñerías», como ella dice, «y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas por ser muy curiosa» (cuidadosa de sí), por más que luego se lamenta de aquellos «devaneos»... que tanto encandilan a los primos. Y fue tan honda la relación y amistad que hasta Teresa pensó que podía terminar en matrimonio. Aunque no pensaba igual su padre D. Alonso y para evitarlo la ingresó en el convento pensionado de las Agustinas de Gracia de Ávila.

Donde apenas a los ocho días, como Teresa relata, ya tenía nuevas amigas y estaba «muy más contenta que en casa de mi padre» y sin añorar la ausencia de los primos. Destacando entre ellas la presencia de una monja, María de Briceño, convirtiéndose en confidentes. De ahí que mientras la primera le cuenta la historia de su vocación religiosa, Teresa va venciendo su primera enemistad de ser monja, no sin reconocer, los efectos positivos que hace una buena compañía, como los negativos de la que no lo es tanto. Dato que le sirve para aconsejar a los padres que cuiden mucho las compañías que frecuentan sus hijos.





Convento de Santa Teresa, edificado en el siglo XVII sobre el solar que ocupaba su casa natal, y retablo mayor de su iglesia.

La salida del internado de las Agustinas, un tanto abrupta, por motivos de salud, será nueva ocasión de resaltar su facilidad en acercarse a los demás, y de poner en evidencia la clave que explica su propensión innata a la amistad, pues camino de Castellanos de la Cañada donde vive su hermana mayor D^a María, casada con D. Martín de Barrientos «que también me quería mucho», hace un alto en casa de su tío D. Pedro, el hermano de su padre, que le invita a ser su lectora y pone en sus manos unos libros espirituales que nada tienen que ver con los libros de caballerías a que ella había sido tan aficionada, leyéndolos con fruición acompañada de su madre.

Será precisamente cuando Teresa nos descubra esa clave misteriosa que empuja siempre sus actos y le sirve para ganarse la amistad de aquellos a quienes se acerca. Y es que, a pesar de no ser los libros de su gusto, «mostraba que sí» y se los lee como si tal cosa a su tío porque según confiesa: «en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar». Y a fe que no puede haber mejor traza para ganarse amigos que esta de olvidarse de sí misma y dar gusto – contento lo llama ella– a los demás.

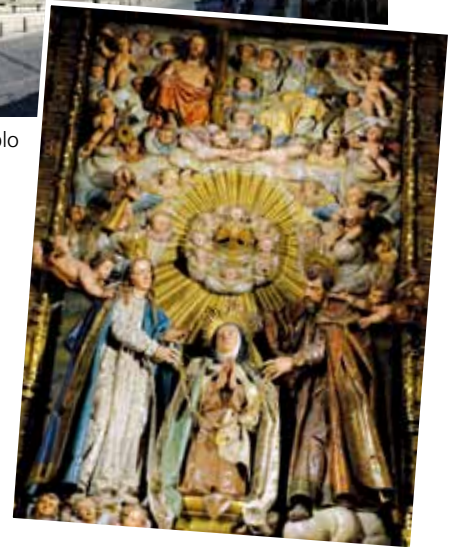
Aunque ese desvivirse por los otros no deja de tener también su

paga y beneficio, pues como Teresa también confiesa, en aquella ocasión, de esa lectura un tanto forzada, no dejó ella de sacar provecho pues le sirvió para discernir con mayor claridad su vocación y cobrar fuerzas para llevarla adelante con valentía a pesar de la negativa de su padre, entrando en el convento carmelitano de la Encarnación, que había conocido al ir a visitar a su buena amiga Juana Suárez.

UNA PORFÍA AMOROSA

Y no hay duda de que fiel a ese principio establecido de procurar complacer a los otros entró en el convento de la Encarnación y, a pesar del desgarró de la huida de la casa paterna, Teresa se sintió de inmediato a gusto en el convento, contento que como ella pregonaba no le faltó en los 27 años que vivió en él, y del que salió con pesar, por secundar más bien el mandato del Señor.

Si bien ese contento no impidió que su salud siempre precaria se quebrase de nuevo y obligara a otra salida, en compañía de la buena amiga Juana, buscando el remedio a instancias de su padre en una curandera de Becedas. El tratamiento con la curandera no solo anduvo lejos de traer el remedio y le avocó a una situación de coma en la que estuvo cuatro días, con la sepultura abierta



esperándole en la Encarnación, de la que solo se libró por la tenacidad de su padre que decía que aquella hija no era para enterrar.

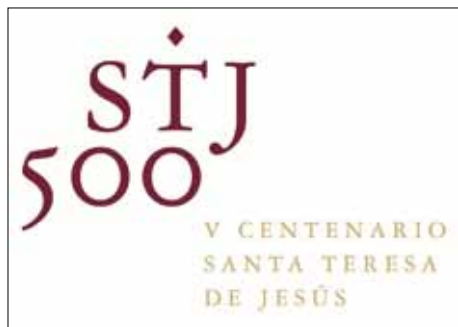
Volvió más maltrecha que había ido a su convento y en la enfermería, ante la paciencia y alegría de la enferma se convirtió durante tres años en el punto de mira de las monjas. Y de manera particular en un polo de atracción afectiva y amistosa para algunas de ellas que buscaban a Teresa como su oráculo.

Por si no fuera bastante, al cabo de esos tres años recuperó la salud, pues viendo que los médicos de la tierra no acertaban con su curación, la obtuvo acudiendo a la mediación de san José, de quien será a partir de ese momento más especial devota. Y el eco de esta gracia y también y más aún el de sus cualidades y dotes para la amistad, su propósito decidido de complacer al otro, pregonado por sus hermanas de vocación sin duda, reso-



nó en la ciudad y atrajo sobre Teresa la atención de no pocos seglares que cautivados por el atractivo de su conversación se convirtieron en amigos a los que regalaba su fiel amistad, con la complacencia de no pocas de sus hermanas de comunidad, ya que eso era también fuente de limosnas y alivio de una pobreza que ciertamente era extrema. Aunque no faltaran tampoco, como es natural, quienes vieran esas relaciones con malos ojos.

Y a tanto llegó este cultivo de la amistad humana y entrañable que derramaba a su alrededor que a Teresa se le planteó un problema serio de conciencia, porque no solo ocupaba en visitas muchas horas para corresponder a los amigos, sino que empezó a percibir el reclamo, digamos casi los celos, de una amistad más honda que iba creciendo en su interior: la de Dios mismo, que le invitaba a una vida de oración más intensa.



Fue en verdad un tiempo de lucha que Teresa describe con dolor y con viveza porque se convirtió en un forcejeo no fácil para la santa que luchaba entre dos fidelidades amorosas, simbolizadas en «la red y el coro», el locutorio y la oración, pues a la vez que su natural le llevaba a ser fiel a los amigos, el Señor cada vez le invitaba a ser más fiel a la nueva amistad con Él redescubierta en la oración.

LA ORACIÓN, TRATO DE AMISTAD

Porque la oración para Teresa era, ante todo, ya lo sabemos, una relación amistosa con Alguien que

ofrece gratuitamente su amor y su amistad, reclamando la correspondencia amorosa. Como explica con precisión, que no es otra cosa la oración «que estar muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama».

Tan convencida estaba de la cercanía amorosa de Dios, y tan palpable se le hizo la humanidad de Cristo, el Dios que se hizo hombre para estar cerca de los hombres, que ese Cristo se convirtió en el verdadero centro afectivo y amoroso de su vida. Al que siempre reconocerá como el amigo más verdadero y cercano. «Oh qué buen amigo hacéis, Señor mío!», exclamará. Y del que dirá enamorada, instando a todos a su búsqueda y disfrute que «teniendo tan buen amigo presente, todo se puede sufrir». Tanto es así que, cuando sueña con crear una comunidad nueva, centrada en la oración por las necesidades de la Iglesia, el Señor le certificará que Cristo andaría siempre en medio de la comunidad, y buscará un reducido grupo de personas con las que formar el Colegio de Cristo, y a las que adoctrinará: «Aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar».

Porque viviendo en la Encarnación, por más que allí no le habían faltado un grupo de amigas, había descubierto que el número crecido de monjas hacía imposible una amistad cercana y ella necesitaba por instinto ser amiga de todas las hermanas.

En ese forcejeo referido, ciertamente ganó la porfía amorosa del Señor, propiciando la conversión de Teresa y su entrega total a la amistad de la oración. Haciendo de la misma el eje central de su vida para siempre. No por eso dejó de cultivar una amistad exquisita con muchas personas que fueron apareciendo en su camino. Personas a las que hizo partícipes del descubrimiento de la amistad de



Escultura ante el Monasterio de la Encarnación de Ávila,

la oración, que es la del Señor, amigo en común, induciendo a la misma, como el mejor regalo compartido a cuantos pasaron a su lado.

Por eso, cuando un día, tras años de ausencia y de distancia se reencuentra con el dominico P. García de Toledo, recién venido de América, orará por él al Señor, deseosa de que se entregue más a la vida espiritual diciéndole a Dios con ese estilo familiar tan suyo: «Señor, no me habéis de negar esta merced, mirad que es bueno este sujeto para nuestro amigo».

Y en torno a esa amistad compartida entre Teresa, Cristo y el otro, florecerá un plantel de amigos entrañables con los que Teresa ha mantenido una amistad tan divina como humana, como da buena cuenta la vida de la santa. Desde D^a Guiomar de Ulloa, la viuda de vida un tanto destemplada, en cuya casa vivirá algunas temporadas, que respaldará los proyectos de Teresa, y de quien dice a su hermano D. Lorenzo que es y puede compartir con ella «más que con una hermana»; hasta Luisa de la Cerda, dama con la que anuda lazos firmes de amistad en los seis meses que pasa consolándola de su viudedad viviendo en su palacio y que ampara con sus bienes la



uno de los lugares claves de la vida de la santa y hoy acoge un centro místico.

fundación de Malagón; pasando por Francisco de Salcedo, que tras las reticencias primeras sobre la bondad del espíritu de Teresa, por parecerle demasiado natural y humana, a diferencia de la virtuosa Maridíaz, otra buena amiga, acabará por ser un fiel amigo, ordenándose de sacerdote al final de sus días, y de quien dice la santa que es la persona a la que más debe en esta vida.

Pero los tres ejemplos mencionados, apenas son un botón de muestra del mundo de amigos que Teresa ha cosechado y con los que ha mantenido una amistad estrecha, según acredita su epistolario, que da fe de cien destinatarios distintos. Leyendo esas cartas se tiene la certeza de que a buen seguro cada uno de los destinatarios, por su tono cordial, se ha sentido privilegiado con la amistad teresiana, que siempre ha procurado mantener el hilo de la comunicación. Como ella dijo: «deudo y amistad se pierde con la falta de comunicación».

Y a poco que ojeemos ese epistolario podemos apreciar que en esa nómina de los cien destinatarios figuran toda clase de personas y personajes, frailes carmelitas, dominicos, jesuitas, franciscanos, obispos,

canónigos, inquisidores, el general de la Orden, sacerdotes, monjas, postulantes, novicias, arrieros, mercaderes y el mismísimo Rey Felipe II. Y aún sabemos que nuestra lista se queda corta, porque su correspondencia fue mucho más copiosa de lo que ha llegado hasta nosotros.

UN AMIGO DEL ALMA

Hablando de los amigos de Teresa, hay uno al que no podemos silenciar porque es su amigo del alma: el joven carmelita P. Jerónimo Gracián, del que admira sus letras y virtud, y que será a su vez el amigo más fiel que empeñará su vida en mantener vivas la palabra, el mensaje, el carisma teresiano. Y de cuyo primer

encuentro en Beas de Segura y los diálogos inacabables que allí mantuvieron certificó la santa que fueron, sin exageración, «los mejores días de su vida».

Hay que añadir que, fieles a su consigna, las monjas que fueron sumándose a su causa, la tuvieron no solo por madre sino también por amiga. Y así las llama ella en sus escritos, junto al título amoroso de hijas y hermanas, mientras reconoce el afecto que le tienen y con el que tratan de pagar mal que mal el que de ella reciben, reclamándole con apremio el regalo de sus palabras para alimentar su amistad cuando ella falte.

Y, por sino hubiera sido bastante el ejemplo de su vida, el regalo de su exquisita amistad llena de ternura para que ellas a su vez y cualquiera que lo desee sepa cómo cultivar una amistad limpia, generosa e intensa, les dejó en herencia esta fórmula magistral que define la verdadera amistad y garantiza el logro de la misma, avalada como siempre por su experiencia: «Esta fuerza tiene el amor si es perfecto, que olvidamos nuestro contento por contentar a quien amamos». Y a fe que bastaría si lográramos cumplirlo para que surgiera a nuestro alrededor una cosecha abundosa de amigos. Lo mismo que nos lleva a perderlos a buen seguro, el hacer prevalecer nuestro gusto sobre el suyo.

P. ALFONSO RUIZ, CARMELITA

